



Para mi abogado, Saxonberg:

No puedo decir que disfruté de tu última visita. Era obvio que tenías demasiadas preocupaciones como para poner algo de atención en lo que yo intentaba decir. Tal vez si te interesara el mundo más allá de las leyes, los impuestos y tus nietos, casi podrías ser una persona fascinante. Casi. Esa última visita fue de un tedio absoluto. Pasará un buen tiempo antes de que me arriesgue a soportar otra visita así de aburrida, por lo que le pediré a Sheldon, mi chofer, que te lleve este relato hasta tu casa. Lo escribí con el fin de explicar ciertos cambios que deseo hacer en mi testamento. Entenderás mejor dichos cambios (así como muchas otras cosas) después de haberlo leído. Te estoy enviando una copia al carbón; yo conservaré el original en mis archivos. No aparezco sino hasta muy avanzada la

narración, pero no importa: encontrarás suficiente material como para mantener tu interés hasta entonces.

No te imaginabas que escribía tan bien, ¿verdad? Claro, aún no lo sabes, pero pronto lo sabrás. Le he dedicado mucho tiempo a este archivo. Escuché, investigué y reuní todas las piezas como si se tratara de un rompecabezas: no dejo ningún resquicio de duda. Bueno, Saxonberg: lee y entérate.

*Mrs. Basil E. Frankweiler*

Claudia era consciente de que jamás se fugaría de la forma tradicional, es decir, presa de un arrebatado de ira y con una mochila al hombro. No le gustaba la incomodidad; vaya, hasta los picnics le parecían molestos y caóticos con todos esos insectos que andan por ahí y el sol derritiendo el betún de los panquecitos. Por tanto, decidió que escaparse de su casa no sería meramente salir corriendo de un lugar, sino salir corriendo hacia un lugar. Hacia un lugar grande, un lugar cómodo, un lugar bajo techo y, de preferencia, un lugar hermoso. Y es por eso que eligió el Museo Metropolitano de Arte en la Ciudad de Nueva York.

Planeó todo con mucho cuidado; ahorró el dinero de sus domingos y eligió por acompañante a Jamie, el segundo de sus tres hermanos menores,

pues podía contar con que permanecería calladito y que, de vez en cuando, la haría reír. Además, era rico; a diferencia de la mayoría de niños de su edad, jamás había iniciado una colección de estampas de beisbol, por ejemplo. Guardaba prácticamente cada centavo que recibía.

Pero Claudia esperó para decirle a Jamie que lo había elegido. No podía estar segura de que él guardaría silencio durante mucho tiempo; y, según sus cálculos, a Claudia le haría falta *ese tiempo* para ahorrar sus domingos. No tenía sentido huir sin dinero: la vida en los suburbios le había enseñado que todo cuesta.

Tenía que ahorrar lo suficiente para los boletos de tren y para algunos gastos antes de hablar con Jamie o de hacer planes definitivos. Por estar pensando en eso, casi olvidaba por qué había decidido irse, aunque no del todo. Claudia sabía que tenía algo que ver con la injusticia, pues la vivía en carne propia. Tal vez porque, al ser la hija mayor y la única niña, tenía que vaciar el lavavajillas y poner la mesa cada noche, mientras que sus hermanos se desentendían de todo. Aunque quizá había otro motivo más evidente para mí que para Claudia. Un

motivo que tenía que ver con la rutina de cada semana. Le aburría ser meramente la Claudia Kincaid que se sacaba puros dieces. Estaba harta de discutir acerca de a quién le tocaba elegir el programa de televisión de los domingos a las siete y media de la noche, de la injusticia y de la monotonía de todo.

Lo que le daban de domingo era tan poco que había dejado de comer helado de vainilla con jarabe de chocolate durante tres semanas, y ése era otro ejemplo de la injusticia a la que estaba sometida. (Como siempre usas el automóvil para ir a la ciudad, Saxonberg, es probable que no sepas cuánto cuesta el tren. Te lo diré: la tarifa completa de un viaje sencillo es de un dólar con sesenta centavos. Claudia y Jamie podían viajar por la mitad de eso, ya que ella aún estaba a un mes de cumplir doce años y Jamie era más chico: sólo tenía nueve.) Como Claudia tenía la intención de regresar a casa una vez que todos hubieran aprendido a valorarla, también tenía que ahorrar para el viaje de vuelta, que costaba lo mismo que una tarifa completa de un viaje sencillo. Claudia sabía que cientos de personas que vivían en su pueblo trabajaban en oficinas ubicadas en la Ciudad de Nueva York y podían pagar la tarifa

completa de ida y vuelta. Como su papá. Después de todo, Greenwich era considerado un suburbio de Nueva York, un suburbio cuyos habitantes van todos los días a su lugar de trabajo.

Aunque Claudia sabía que la Ciudad de Nueva York no estaba muy lejos, o al menos no tan lejos si consideraba el tamaño y la cantidad de injusticias perpetradas en su contra, sabía también que era un buen lugar para perderse. Las señoras del club de Mah-Jong, al que asistía su mamá, la llamaban “la ciudad”. La mayoría jamás se había atrevido a ir; era demasiado cansado y se estresaban. Cuando Claudia estaba en cuarto año de primaria, su grupo había ido de excursión a visitar los sitios históricos de Manhattan. A Johnathan Richter su mamá no lo dejó ir por miedo a que se fuera a separar del grupo a causa de las aglomeraciones que se dan en Nueva York. La señora Richter, quien era todo un personaje, decía que estaba segura de que su hijo “volvería a casa perdido”, y pensaba que el aire era demasiado malo para que él lo respirara.

Claudia amaba la ciudad porque era elegante, era importante, era animada; era el mejor lugar del mundo para ocultarse. Estudiaba los mapas y la

guía para turistas de la Asociación Automovilística Americana y examinó cada una de las excursiones que había hecho su grupo de la escuela. Diseñó un curso especializado de geografía para sí misma. Incluso había algunos folletos del museo en la casa, los cuales analizó sin que nadie se diera cuenta.

Además, Claudia decidió que sería bueno acostumbrarse a renunciar a las cosas. Empezaría por aprender a vivir sin los helados de vainilla con jarabe de chocolate, así que se contentó con las paletas heladas que su mamá guardaba en el congelador. Normalmente, el gasto de Claudia en los helados de vainilla con jarabe de chocolate era de cuarenta centavos por semana. Antes de tomar la decisión de huir, pensar qué hacer con los diez centavos que le sobraban cada semana de su domingo había sido la más grande de las aventuras. Aunque a veces ni siquiera contaba con esos diez centavos, ya que perdía cinco cada vez que rompía una de las reglas de la casa, como por ejemplo la de olvidar tender su cama en la mañana. Estaba segura de que recibía menos dinero de domingo que cualquier otro niño de su salón: la mayoría de los chicos de sexto año de primaria jamás se quedaban sin una parte de su

dinero, pues tenían sirvientas de tiempo completo y no una señora que iba a limpiar la casa sólo dos veces por semana. En una ocasión, cuando ya había comenzado a ahorrar, la nevería anunció un descuento especial. El letrero del aparador decía helado con jarabe de chocolate caliente a 27 centavos. Compró uno, sólo retrasaría su huida por veintisiete centavos. Además, una vez tomada la decisión de irse, disfrutaba planear la fuga casi tanto como gastar dinero. La planeación larga y esmerada era uno de sus talentos especiales.

A Jamie, el hermano elegido, ni siquiera le interesaban los helados de vainilla con jarabe de chocolate, aunque podría haberse comprado uno por lo menos cada dos semanas. Un año y medio atrás, Jamie había hecho una compra importante: se había gastado su dinero de cumpleaños y parte de su dinero de Navidad en un radio de transistores, hecho en Japón, que había adquirido en Woolworth. A veces, compraba una pila para el radio. Seguramente necesitarían el radio: una razón más para elegir a Jamie.

Los sábados, Claudia vaciaba los botes de basura, una tarea que detestaba. Había tantos... Cada

miembro de su familia tenía su propia recámara y su respectivo bote de basura, salvo su mamá y su papá, que dormían en la misma habitación y compartían el mismo cesto. Casi todos los sábados, Steve vaciaba su sacapuntas dentro del bote de su cuarto, ella sabía que Steve lo ensuciaba a propósito.

Un sábado, mientras Claudia iba cargando el bote de basura de la recámara de sus papás, lo sacudió levemente para que se asentara el contenido y no se le desparramara en el camino; ese bote siempre estaba llenísimo porque eran dos los que lo usaban. Con el movimiento, quedaron encima unos *kleenex* con los que su mamá se había limpiado el exceso de lápiz labial, y descubrió la orilla de un boleto rojo. Con las puntas de sus dedos índice y pulgar, como si fueran pinzas, jaló y descubrió un pase de diez viajes para el tren de Nueva York, New Haven y Hartford. Pases a medio usar no suelen aparecer en los botes de basura; aparecen en los bolsillos de los conductores de tren. Nueve de los viajes de un pase aparecen como cuadritos en la orilla inferior, y por cada viaje que se hace, se perfora un cuadrito; para el décimo viaje, el conductor recoge el pase. Seguro la señora de la limpieza, que había ido el viernes, se lo encontró

y pensó que no le quedaban más viajes, ya que los nueve cuadritos estaban perforados, y lo tiró. La señora de la limpieza jamás viajaba a Nueva York, y el papá de Claudia nunca le ponía demasiada atención a las monedas de sus bolsillos o a sus pases de tren.

Tanto ella como Jamie podrían viajar con ese pase, ya que dos medias tarifas equivalían a una completa. Ahora podrían abordar el tren sin necesidad de comprar boletos. Además evitarían al jefe de la estación ferroviaria y cualquier pregunta tonta que se le pudiera ocurrir. ¡Qué hallazgo! Debajo de un montón de *kleenex* con besos de lápiz labial, Claudia había descubierto un viaje gratis, así que lo consideró como una invitación. Partirían el miércoles.

El lunes por la tarde, en la parada del autobús de la escuela, Claudia le dijo a Jamie que quería que se sentara con ella porque tenía algo importante que decirle. Por lo general, los cuatro hermanos Kincaid no caminaban juntos ni se esperaban unos a otros, a excepción de Kevin, quien estaba a cargo de uno de ellos cada semana. Las clases habían comenzado el miércoles después del Día del Trabajo. De modo que su “semana fiscal”, como solía llamarle Claudia, siempre comenzaba en miércoles. Kevin

tenía sólo seis años e iba en primer grado y todo el mundo le prestaba mucha atención, en especial, opinaba Claudia, la señora Kincaid. Claudia también pensaba que estaba muy mimado y terriblemente malcriado. Uno podría creer que sus papás ya sabrían educar niños para cuando llegó Kevin, su cuarto hijo; sin embargo, no habían aprendido. Claudia no recordaba haber estado bajo el cuidado de nadie durante su primer año escolar. Su madre simplemente la había recibido en la parada del autobús todos los días.

Jamie quería sentarse con su amigo Bruce. Jugaban a las cartas en el autobús; cada día significaba la continuación del anterior. (El juego no era demasiado complicado, Saxonberg. Nada tremendamente sofisticado. Jugaban “guerra”, ese juego sencillo en el que cada jugador saca una carta y la pone boca arriba, y el que saca la de mayor valor se queda con ambas. Si las cartas son iguales, se da una guerra que consiste en sacar más cartas; el ganador se queda con todas las cartas de la guerra.) Cada tarde, cuando Bruce se bajaba en su parada, se llevaba su montón de cartas a casa; Jamie hacía lo mismo. Siempre juraban no barajarlas. Una parada antes

de llegar a la de Bruce, suspendían su juego, sujetaban los montoncitos con unas ligas, cada uno sostenía el suyo bajo la barbilla del otro y escupía en las cartas, diciendo: “No las barajaré”. Luego cada uno daba unas palmadas a su montón y lo metía en el bolsillo.

A Claudia, el procedimiento le parecía asqueroso de principio a fin, así que no tuvo ningún sentimiento de culpa cuando alejó a Jamie de su preciado juego. Sin embargo, Jamie estaba enojado; no estaba de humor para escuchar a Claudia. Encorvado en su asiento, fruncía el seño y hacía pucheros con los labios. Parecía un neandertal en miniatura y sin barba. Claudia guardó silencio y esperó a que se le pasara el enojo.

Jamie fue el primero en hablar.

—Híjole, Claudia. ¿Por qué no molestas a Steve?

—Pensé, Jamie, que te darías cuenta de que, obvio, no es a Steve al que quiero —respondió Claudia.

—Pues entonces —le imploró Jamie— ¡quíerele, quíerele!

Claudia había planeado su discurso.

—Te quiero a ti, Jamie, para emprender la aventura más grande de nuestras vidas.